

Víctor Frankenstein

En las postrimerías de aquel verano frío y húmedo Mary Shelley contempló el resultado de su lúgubre tarea. Con una ansiedad casi agónica, el doctor Frankenstein colocó al alcance de su mano el instrumental que permitiría encender el brillo de la vida en la forma inerte que yacía a sus pies...



¿TIENES FRÍO, FRANK?—El monstruo alcanzó celebridad con la versión de 1931, interpretado por Boris Karloff.

escribiera. Los desafíos entonces a trascender el poema, creando vida desde la misma nada. Vida cuya energía inicial conjugara la caótica electricidad del cielo con la deliberada búsqueda del mal.

Interpolarse en el mundo sereno para otros alanos, cuyo horror estaría justamente en la absoluta incapacidad de entenderlos. Era imprescindible que cada uno de ellos inventara una historia con las precisas palabras que dan forma y sustancia a las cosas. Que alertara, menos por la agotada retórica gótica, que por su posibilidad de ser, de suceder. Entonces la luz cayó sobre la villa en sincronía con el trueno y contemplaron, atónitos, cómo el viejo robó albañal el zayo y partieron, ruidos, desgarrados, cuando en medio de la renovada tempestad se adivinaba el amanecer.

Los días y las noches que siguieron, Mary, todavía más Godwin que Shelley, buscaba el modo de asenir aquella desmembrada tarea. Había comenzado inmensables horas, insistiendo en una idea, buscando frase y tono que le dieran consistencia. Estaba atrapada en el escalofrío de aquella noche y la pasión por dos poetas. Numerosos eran los recuerdos que se mezclaban en su fantástica e ineludible mirada de su hijo muerto, las pesadillas de Claire, húmedos cementerios, aquel poema de Coleridge, el ominoso lago y las conversaciones entre Shelley y Byron, barajando desquiciadas filosofías. El poeta como dios creador y las noticias del doctor Erasmus Darwin, experimentando con materia muerta, electricidad y alquimia.

Así, cada noche, al reposar la cabeza sobre la almohada, soñaba la hebra de su trama buscando la provocación de un personaje.

Desgracia entonces, justo en el umbral del sueño, con un pálido investigador en aquellas arcos profun-

Entonces se percató de que justamente esa imposibilidad constituía el horror de su engendro. Un caleidoscopio con algo de Byron, con algo de su hijo desaparecido y aquel, sangre del lord, creciendo en el vientre de Claire. Un ser con algo de todos...

nas. Espiaba un par de ojos fríos cruzando al reciente ahogado, recuerdo de algún relato de Byron, insólita una inteligencia desprovista de sentimientos, atribuida por la obsesión de comprender, de hacer funcionar nuevamente la maquinaria ya casi insensada que se iba. De este particular modo, entre sueño y vigilia, Mary Shelley iba embobando su pesadilla: un Prometeo, buscando un lenguaje prohibido, persiguiendo la llave de lo que se es. Fecundada, preñada ya por el germen diabólico entregado por Byron, continuaba dibujando, a partir de aquellos materiales delirantes, el pálido rostro de otro hijo del poeta. No sería ella la que acometiera directamente la tarea, sino un

malogrado estudiante. Un joven, ya en la frontera de las ciencias de la vida, recorriendo el ímprobo camino de un dios menor, para dar con los arcanos de las ciencias de la muerte. Lo bautizó Victor Frankenstein y cedió a esa maldición inextinguible, producto de una noche de desvelo y búsqueda, a la creación de una criatura humana concebida en un sueño laborioso.

Mary lo llevó en sus devoradas a vagar sobre la descomposición natural y los procesos de corrupción. A dar con la razón del gozoso que se ríe de los muertos, a la comprensión del tránsito de la nada y el desorden, como aquel empuje de moscas en la cabeza podría delirio del cielo, hacia lo vivo y ordenado. Frankenstein fatigaba cementerios apenas oculto por el blanco de los rayos lunares y con sus sacrilegos dedos buscaba, entre los despojos de la carne muerta, los resortes de la vida mediante odiosas manipulaciones. Pero aún la escritura no permitía el monstruo. Todavía no lograba definir lo que veía o recordaba, una floración insólita. Entonces se percató de que justamente esa imposibilidad constituía el horror de su engendro. Un caleidoscopio con algo de Byron, con algo de su hijo desaparecido y aquel, sangre del lord, creciendo en el vientre de Claire. Un ser con algo de todos y ninguno. Sin nombre. Inconcluso y siniente.

En las postrimerías de aquel verano frío y húmedo, Mary Shelley contempló el resultado de su lúgubre tarea. Con una ansiedad casi agónica, el doctor Frankenstein colocó al alcance de su mano el instrumental que permitiría encender el brillo de la vida en la forma inerte que yacía a sus pies. La lluvia repiqueaba sobre el techo de la villa Diodati y en las ventanas del laboratorio. De pronto, al tembloroso fulgor de la mercedosa luz que iluminaba ambas estancias, Mary describió la piel amarillenta de la criatura cubriendo apenas miembros y arterias; el cabello de un negro húmedo; los labios oscuros y rectilíneos; la imperfección de una mueca odiosa atragando sus mejillas. Con asombro vio, bajo su mano, cómo la criatura entreabría sus ojos azabranos y devorados. Cómo respiraba profundamente y sus miembros se agitaban, convulsivos, con torpes movimientos.

Y la escritora que escribía y el joven inmortal que vivía en la página contemplaron desprovistos la inmensa creación que los miraba, ya de cara a un previsible y ominoso porvenir.

Víctor Frankenstein [artículo] Eric Goles.

Libros y documentos

AUTORÍA

Goles, Eric

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Víctor Frankenstein [artículo] Eric Goles.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)